

VISITA AL CONGRESO DE LOS
DIPUTADOS DE S. E. EL PRESIDENTE
DEL ESTADO DE ISRAEL,
SEÑOR CHAIM HERZOG

VISITA AL CONGRESO DE LOS
DIPUTADOS DE S. E. EL PRESIDENTE
DEL ESTADO DE ISRAEL,
SEÑOR CHAIM HERZOG

EL DIA 31 DE MARZO DE 1992

© Publicaciones del Congreso de los Diputados
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
Visita. Núm. 6
Imprime: Rivadeneyra, S. A.
Cuesta de San Vicente, 28
28008 Madrid

La visita al Congreso de los Diputados de S. E. el Presidente del Estado de Israel, señor Chaim Herzog, tuvo lugar en la Sala Internacional el día 31 de marzo de 1992, entre las doce cuarenta y las trece horas, y fueron convocados los miembros de la Mesa del Congreso de los Diputados y los del Senado, los Portavoces de los Grupos Parlamentarios y los miembros de las Comisiones de Asuntos Exteriores de ambas Cámaras.

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Pons Irazazábal): Señor Presidente, me cabe hoy el gran honor y la especial satisfacción de darle la bienvenida, en nombre de las Cortes Generales, con motivo de la primera visita oficial que un Presidente del Estado de Israel realiza a España.

Tengo la esperanza de que, en el curso de esta visita, el Señor Presidente no se sentirá del todo en suelo extraño. En España se desarrolló, durante años, una cultura judía que alcanzó las más altas cimas de creatividad y fue la más importante del mundo de su época. La lengua castellana en que le hablo y que el Sr. Presidente comprende es también la lengua de muchos de sus compatriotas.

Sefarad ha sido históricamente para el judaísmo un punto de referencia fundamental. Durante largos siglos, escritores, pensados-

res, talmudistas y científicos, figuras universales como Maimónides o Ibn Gabirol, contribuyeron de modo decisivo a la formación de nuestro sustrato cultural y de nuestra propia personalidad histórica. Como políticos, financieros y dirigentes, ministros de los estados musulmanes o cristianos, los judíos españoles inspiraron de modo decisivo el funcionamiento de nuestras instituciones medievales. Como símbolo del encuentro y convivencia fructífera de las tres grandes culturas mediterráneas, fue posible la gran tarea de transmisión cultural y científica desarrollada por la Escuela de Traductores de Toledo, la ciudad que un día pudo ser llamada la Jerusalén de Sefarad.

Hace ahora 500 años, hace hoy 500 años, esta rica interrelación sobre suelo hispánico quedó rota. La pérdida fue mutua. No sólo quedaron entonces los sefardíes huérfanos de España sino que España quedó también huérfana de sus judíos. La misma concepción totalizadora que forzó el exilio a los judíos, fieles a su tradición como pueblo, condicionó el futuro de nuestra nación de tal modo que sus secuelas no dejaron de prolongarse durante siglos. Pero del recuerdo de estos hechos históricos innegables quisiéramos hoy retener lo que venturosamente nos une y no lo que en un tiempo nos hizo separarnos. El descubrimiento de América y la expulsión de los judíos, conjugados, determinan la expansión de lo español por lejanos confines. Una diáspora judía sefardí, dentro de otra diáspora más antigua, siguió alimentando, como parte de su propia identidad, la lengua y la cultura hispánicas, extendiéndolas por todas las regiones del Mediterráneo, hacia el norte de Europa, en la propia América. Este sentimiento de identidad compartida es tan pro-

fundo que nuestra legislación sigue reconociendo a los judíos sefardíes las mismas condiciones de acceso a la nacionalidad española que el resto de los miembros de nuestra comunidad histórica.

El tiempo histórico presente nos revela a los Estados de España e Israel constituidos sobre bases políticas recientes, inspiradas en ideales comunes de progreso y democracia. Desde ambos extremos del Mediterráneo nuestros países están llamados a una comunicación creciente, a un fructífero diálogo en favor de la paz, la estabilidad y la cooperación en un área geográfica común de importancia estratégica insoslayable.

Señor Presidente, los españoles somos, tenemos que ser, especialmente sensibles a las dificultades experimentadas por el pueblo judío para dotarse de un Estado nacional, tras una de las experiencias más traumáticas y dolorosas que cualquier pueblo haya sufrido nunca, en una historia de por sí marcada por las trágicas secuelas del fanatismo y la intolerancia. Por encima de cualquier discrepancia política, la experiencia cooperativa y solidaria del pueblo judío, las transformaciones políticas, sociales y ambientales acometidas no pueden dejar de suscitar admiración. Desde esta misma actitud de comprensión y de sincera amistad hacia su pueblo, creemos que el Estado de Israel se enfrenta hoy a retos tan profundos y de tan largo alcance como en los primeros momentos de su historia.

Las radicales transformaciones políticas experimentadas en el mundo a partir de 1989 han servido para diseñar un nuevo escena-

rio internacional en el que viejas cuestiones no resueltas adquieren connotaciones imprevistas. Como su país bien conoce, por desgraciados acontecimientos bien recientes, el final de la amenaza de una confrontación global, masiva, capaz de poner en juego la suerte de toda la humanidad, no supone automáticamente la instauración de una paz universal. Sí ofrece, en cambio, un marco más idóneo para la cooperación y la solución de conflictos entre las naciones en una comunidad internacional más libre y solidaria.

Urge hallar una solución al conflicto que enfrenta desde su fundación al Estado de Israel con las naciones árabes y con el pueblo palestino. Una verdadera paz, justa y estable, deberá reconocer el derecho de todos los Estados de la región a existir dentro de fronteras seguras y reconocidas y garantizar el libre ejercicio del derecho de autodeterminación de los pueblos. Es necesario superar maximalismos y políticas excluyentes, de manera que las concesiones mutuas y las soluciones realistas a los problemas de fondo se impongan sobre la intransigencia, que puede privar del progreso libre y pacífico a todos los habitantes de la zona por más generaciones de las que ya han padecido una existencia alejada de la normalidad cívica.

En este sentido, España se enorgullece de haber podido servir de sede para el inicio de la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio. Creemos que la prudencia y el equilibrio de nuestra posición en el Mediterráneo, amparada por nuestra pertenencia a la Comunidad Europea y al sistema de organizaciones propio de las democracias occidentales, permitió acumular el capital de confianza

necesario para ser percibido por todas las partes como interlocutor fiable, ponderado, con sincera voluntad y potencial de ayudar. Por primera vez en toda la existencia del Estado de Israel, árabes e israelíes se han encontrado juntos para negociar la paz. La idea de una solución negociada ha entrado en el horizonte político. Se trata sin duda de una oportunidad histórica de tales dimensiones que justifica llevar al máximo la flexibilidad de todas las partes; entrar en la negociación con una disposición abierta para tratar cualquier asunto, con el horizonte común de una verdadera paz estable, capaz de sustituir la dialéctica de la confrontación por la de la confianza y la cooperación. La comunidad internacional sigue con enorme esperanza este proceso. España, como país mediterráneo y miembro de la Comunidad Europea, sigue con interés especialísimo el desarrollo del proceso de paz en una zona del mundo vital para nuestros propios intereses.

Señor Presidente, las relaciones bilaterales entre España e Israel, plenamente normalizadas, avanzan y deben profundizarse en todos los órdenes: en lo político, en lo económico, en lo cultural. España será sede durante el presente año de acontecimientos de relevancia internacional como la Exposición Universal de Sevilla, los Juegos Olímpicos de Barcelona, la capitalidad cultural europea de Madrid y el reencuentro con la España judía que supone Sefarad-92. En todos estos acontecimientos aspiramos a que la participación de Israel y de las comunidades judías de todo el mundo contribuya a proyectar la imagen de España abierta a todas las vertientes del progreso; capaz, por ello, de servir como lugar de encuentro de diferentes pueblos y culturas.

Señor Presidente: a mediados del siglo XIV, el Rabino Shem Tob de Carrión había de recordarle al Rey de Castilla, en sus «Proverbios morales», que no valen menos «... los ejemplos buenos / por decirlos un judío» (Sic: «... los enxemplos buenos / por los dezir judío»). En el umbral del siglo XXI, quisiéramos poder afirmar, una vez más, que no pueden tener valor distinto las palabras de ningún ser humano frente a las de cualquier otro por razones de su raza, credo o religión. En este espíritu universalista, en esta creencia común en los derechos fundamentales predicables de los individuos y de los pueblos, estamos seguros de que Israel y España encuentran su más amplia vía de cooperación.

Muchas gracias. (Aplausos.)

El señor **PRESIDENTE DE ISRAEL** (Chaim Herzog): Excelentísimo señor Presidente, distinguidos miembros del Parlamento y representantes de partidos políticos, excelencias, permítanme expresar mi profundo reconocimiento por el honor de ser recibido por los representantes de ambas Cámaras de vuestro distinguido Parlamento y por todos los partidos en él representados.

Traigo conmigo los saludos de nuestro Parlamento, la Knesset, el único Parlamento de nuestra región elegido libremente en el sistema democrático, como ustedes bien lo saben. Mi delegación incluye al señor Yehoshua Matza, Presidente de la Comisión de Asuntos Interiores de la Knesset y Presidente de la Asociación Parlamentaria Israel-España.

En nuestra declaración de independencia ofrecimos nuestra mano en señal de amistad a nuestros vecinos árabes, en busca de paz. Esta fue rechazada y su reacción vino de parte de los ejércitos de siete estados árabes, que se unieron a los árabes palestinos en un esfuerzo por destruir el embrionario Estado judío antes de su nacimiento y arrojarlo al mar. Nosotros contraatacamos con desesperación, sin armas adecuadas, frente a un ejército más numeroso y mejor equipado y desafiando el embargo de la mayoría de los países del mundo libre. Nuestras pérdidas en esa guerra alcanzaron al uno por ciento de nuestra población y, gracias al liderazgo de Ben Gurion, logramos sobrevivir. Los palestinos continuaron por el camino de la tragedia y, según las palabras de uno de nuestros más destacados estadistas, nunca perdieron la oportunidad de perder una oportunidad.

Nosotros estamos irrevocablemente comprometidos en el proceso para alcanzar la paz en el Medio Oriente. Tengo la certeza de que lo alcanzaremos. Me basta para ello con volver, catorce años atrás, a la histórica visita del Presidente Sadat, cuando la mayoría de las fronteras de Israel estaban herméticamente cerradas y no se realizaba a través de ellas ningún movimiento, sea de personas o de actividad comercial. ¿Quién habría soñado entonces que la bandera israelí flamearía hoy sobre la embajada de Israel en Egipto y que la bandera de Egipto flamearía sobre su embajada en Israel? ¿Quién habría soñado que cada año más de un millón de personas cruzarían los puentes sobre el río Jordán y que cientos de camiones transportarían productos agrícolas y de exportación en ambas

direcciones? ¿Quién habría creído que miles de libaneses vendrían cada día a trabajar a Israel cruzando sus fronteras?.

Hemos llegado a una nueva encrucijada, a un nuevo período de intranquilidad en las zonas de Judea, Samaria y Gaza. Lamentamos profundamente el derramamiento de sangre en ambas partes y nos esforzamos por mantener el dominio de la ley y el orden. La persistencia irracional y autodestructiva ha marcado trágicamente los ataques árabes contra Israel. Hace solamente diez días sufrimos sus terribles y dolorosos efectos, primero en Ankara y luego en Buenos Aires.

Israel no pretende dominar a otro pueblo ni dirigir su vida. Debe comprenderse que, frente a los recientes disturbios en Judea, Samaria y Gaza, nos enfrentamos a una de dos alternativas: mantener la paz y el orden como base para nuestras negociaciones bilaterales o permitir el deterioro de la situación hasta llegar a una repetición de lo sucedido en el Líbano o en Yugoslavia. Esta es la cruel elección a la que estamos enfrentándonos hoy.

Lamentablemente, no siempre resulta evidente que la población palestina, con la cual convivimos y mantenemos contacto diario, vive bajo el enorme terror creado por sus propios extremistas. En la así llamada «intifada», el porcentaje de palestinos asesinados por los propios palestinos se ha elevado en el presente año y fluctúa ya entre el 80 y 90 por ciento. Junto a este reino de terror, se desarrolla una lucha violenta entre los que apoyan a los fundamen-

talistas islámicos y los simpatizantes de los grupos extremos de la PLO, por una parte, y los demás elementos de la PLO, por otra.

He mencionado ya el lento pero inexorable movimiento hacia la paz. Hace pocos años, una escena similar a la que hemos visto en Madrid y Moscú habría sido considerada un sueño irreal y utópico. Las delegaciones de Israel se han reunido con el equipo jordano-palestino y con las delegaciones del Líbano y de Siria y en cada una de esas reuniones se ha logrado un pequeño avance y, sobre todo, un cierto cambio positivo en el ambiente.

Señor Presidente, el mayor peligro que está enfrentando el mundo en la actualidad ha sido ignorado hasta el día de hoy. Me refiero al crecimiento del fundamentalismo islámico, que amenaza los regímenes de la mayor parte del Medio Oriente, que patrocina de tiempo en tiempo el levantamiento en muchos países de nuestra región y que apoya actos de terror, tales como los que hemos sufrido recientemente en nuestras embajadas en Ankara y Buenos Aires y que continúan extendiéndose a través del mundo. Este peligro está agravado por el hecho de que algunos de los elementos envueltos en el ascenso del fundamentalismo islámico se esfuerzan por mantener el control de las armas y de la destrucción en masa. Si sumamos el extremismo del fundamentalismo islámico al terror armado y a la destrucción masiva, no podemos sino desembocar en una catástrofe. El mundo se encuentra enfrentado, por tanto, a una perspectiva sombría y siniestra. Confiemos en que, lenta e inexorablemente, lograremos avanzar hasta alcanzar la paz. Será éste un proceso largo, lento y difícil, estoy seguro de ello, pe-

ro nos conducirá, en última instancia, a la meta que todos los que vivimos en el Cercano Oriente anhelamos. La paz será alcanzada porque nosotros lo queremos y porque también lo quiere y lo necesita el pueblo del Medio Oriente.

Señor Presidente, al finalizar debo referirme a un aspecto importante de nuestra actual vida en Israel. Me refiero a la absorción de un gran número de comunidades judías de la antigua Unión Soviética. La tarea que enfrenta este pequeño país, acosado por la misma crisis económica que afecta a una gran parte del mundo de hoy, puede compararse con lo que significaría para los Estados Unidos de América la absorción de toda la población de Francia. Hemos recibido ya, desde que fueron abiertas las puertas de la Unión Soviética, en 1989, y nos encontramos en el proceso de absorberlos, cerca de 400.000 emigrantes, casi el 10 por ciento de nuestra población total. El proceso es lento y costoso, pero tengo la certeza de que, a pesar de todas las dificultades, saldremos victoriosos de ese desafío humano.

Mi visita marca el 500 aniversario de los trágicos sucesos que forzaron a la comunidad judía a abandonar España en el año 1492. Mi visita reafirma hoy la creciente amistad entre España e Israel, el desarrollo de firmes relaciones económicas, el creciente y mutuo entendimiento político y el reconocimiento de las relaciones culturales que exaltan el recuerdo de la época de oro de nuestro pueblo en España, una época que es parte de nuestra herencia común, que nos une y que constituye base para una nueva y muy especial relación entre nuestros dos países.

Agradezco a ustedes el honor que me ha sido concedido y el honor que han concedido a mi patria por mi intermedio. En Israel soñamos, judíos y árabes, con el día en que lograremos la paz. Hago votos por que el actual proceso de paz alcance el éxito, por que, junto con los representantes de los países árabes y el pueblo del Islam, en recuerdo de nuestra herencia común y de la época de oro de la cooperación entre nuestros pueblos, hagamos revivir nuestro pasado en nuestro propio beneficio y en beneficio de los pueblos de nuestra región.

Gracias. (**Aplausos.**)